

# Como pez en su tinta

## Obra gráfica de Fernando del Paso

---

GABRIELA GALINDO

---

Fernando del Paso no es solamente un notable escritor, el autor de la llamada Trilogía sobre México y merecedor de premios de inmensa envergadura, como el Premio Villaurrutia, el Rómulo Gallegos, el Premio Médicis y el Cervantes, entre muchos otros, fue también periodista, locutor de radio, publicista, diplomático, amaba la gastronomía y, sobre todo, el dibujo y la pintura.

El dibujo para Fernando del Paso ha sido, en sus palabras, su segundo oficio pero su primera pasión. Zurdo de nacimiento, fue educado, a base de reglazos, para escribir con la mano derecha; sin embargo, nadie le impidió dibujar con su natural instinto. De esta manera, escribía con la diestra, pero el dibujo se convirtió en una especie de venganza de la mano izquierda que logró mantener el dominio de la pluma, a pesar de sus obstinados maestros. Durante toda su vida ha mantenido el oficio de dibujante, muchas veces sacrificado por la escritura, pero al que recurre regularmente y nunca ha abandonado por completo.

Como escritor, Del Paso se mantuvo al margen de la fuerte influencia del realismo mágico que provenía del llamado Boom Latinoamericano, de igual manera, su obra gráfica no manifiesta influencias claras o precisas, y pudo abstraerse de las polémicas planteadas por el movimiento de ruptura que marcó a más de una generación. Este movimiento, encabezado por José Luis Cuevas, se oponía a los órganos académicos oficiales establecidos por la Escuela Mexicana de Pintura. Gironella, Felguérez, Lilia Carrillo, García Ponce, Vicente Rojo y Pedro Coronel, figuraron, entre otros, como los representantes de una generación que intentó trasladar los valores del acendrado nacionalismo, hacia una visión de vanguardia más cercana a lo abstracto y a lo neofigurativo.

Sin embargo, para el autor de *Palimuro de México*, el dibujo y la pintura representaban un espacio de recreo intelectual, sin reglas, ni restricciones. Sin la preocupación por pertenecer a un grupo, corriente o estilo, sus trazos libres reflejan mundos imaginarios, paisajes lúdicos, algunos caricaturescos y otros, sugestivamente surrealistas.

\*\*\*

Se dice que los escritores que pintan, miran las pinturas con palabras, sin embargo, en el caso de Fernando del Paso, pare-

ce que nos encontramos ante un pintor que escribe. Vemos, por una parte, sus textos plagados de referencias plásticas, de gráficos imaginarios, colores y texturas; y por otra, separados de sus textos pero a la vez unidos por correspondencia, sus dibujos asemejan pequeñas escenografías donde podrían ocurrir mil historias, o bien, sus personajes míticos, sus monstruos inofensivos y animales fantásticos, que nos invitan a recrear narrativas extraordinarias y desbordadas de surrealismos.

Como espectros fantasmales, sus paisajes oníricos parecen haber salido directo del inconsciente. A diferencia de sus novelas, a las que dedicó largas horas de estudio e investigación histórica y documental, en sus grabados y dibujos hay una espontaneidad envidiable. Podría decirse que, tal como surgió la línea de su mano zurda, tal es como la dejó.

Pero ninguna historia ocurre en sus dibujos si no mencionamos el color, es notable la amplitud de la paleta de color que utiliza, tanto en sus dibujos, como en su pintura. Pocos artistas se atreven a utilizar la variedad de colores que vemos en su trabajo, con la agilidad digna de una gacela pasa de un rosa claro a un verde perico, o el atrevimiento de combinar un amarillo limón, con un azul pastel y un púrpura opacado. La libertad que siente al dibujar, esa falta de tensión y angustia que menciona el Pintor-Escritor, se ve refrejada en la experimentación con un arco iris de colores tan desiguales, que resultan fascinantes.

\*\*\*

Una de sus exposiciones importantes fue 2000 caras de cara al 2000, que se presentó en el Museo de Arte Moderno. Como lo expresa el título, estaba compuesta por la inmensa colección de dos mil pequeños retratos. Estas caras inventadas, o quizá no tanto, son el reflejo de los cientos de emociones que experimentamos en toda una vida. Decenas de caritas alegres y sonrientes, otras tantas enojadas, cientos de ellas tristes, aterradas o desoladas; todas ellas son, según lo expresó el propio artista, apenas una pequeña muestra de la gran inmensa variedad que nos impone la naturaleza. En un sólo paseo por el centro de la Ciudad se pueden ver muchas más de dos mil caras y expresiones, y presentar 2000 de ellas, fue la forma en la que Del Paso quiso celebrar la transición al siglo XXI.

Esta enorme colección no tenía como objetivo que el espectador se detuviese a mirar detenidamente cada uno de los pequeños cuadros, sino que invitaba a ser contemplada como un enorme tapiz, era un gran mosaico de emociones realizado con fragmentos en óleo, pluma, acuarela y, en su mayoría, con tinta china. La tinta, es su medio favorito, y se nota, hay en sus



dibujos un juego suave que trazan las líneas marcadas por el pincel chorreante de tinta. Incluso, puede verse como, con destreza, incorpora las gotas que cayeron accidentalmente y que terminaron por ser el corazón del dibujo. Con la tinta china Fernando del Paso se siente “como pez en su tinta”.

En el 2011, presentó la exposición titulada “Las mujeres sin cara de Ciudad Juárez”, en el Palacio de Bellas Artes y posteriormente publicó su libro de poesía *Castillos en el aire*. Fragmentos y anticipaciones, que incluye una veintena de sus grabados, realizados como un homenaje a Escher, uno de sus pintores favoritos. Los universos fantásticos de estos grabados

presentan edificaciones intrincadas, fortalezas insólitas y castillos con torres que, a la manera de Escher, juegan con asimetrías geométricas, creando espejismos ambiguos e inauditos. “Los castillos aquí, tienen torres que crecen como brazos levantados, fosos donde antes corrían las aguas negras, y donde hoy crecen los nísperos.”

La obra de Fernando del Paso ha sido expuesta en varias galerías y museos internacionales (Londres, Madrid y Nueva York), además de espacios nacionales importantes como el Museo Carrillo Gil, el Museo de Arte Moderno y el Palacio de Bellas Artes.